

Quiero tanto a mis vecinos

Jesús Vicente García



Ilustraciones: Hugo Heriberto

I

Cuando me baño no canto. Esta vez fue la excepción. De mi cel emanar canciones de los ochenta. Cierro las llaves del agua para rasurarme, previo enjabonamiento de mi esbelto y quijotesco cuerpo, y escucho eso de *las amigas dicen que estás cambiada, que se ve tristeza en tu mirada, te quedas callada cuando me nombran, eres sólo una sombra y te digo que no voy a mover un dedo, tú te lo buscaste y te equivocaste y te digo que no voy a mover un dedo...* Tarareo.

Recorto mi bigote a la Pedro Infante. Debo estar presentable. Ahora doy un curso de cuento. Creo que la literatura merece un respeto. Eso de que el escritor sea un mugroso, con chanclas, playera guanga, saco beige, con olor a mota y con un pantalón que casi se pare solo, es un estereotipo bastante estúpido. Es más, mi máximo sueño es que retornen aquellos vientos estéticos en que los artistas de la pluma vestían elegante. Veo la simetría de ambos lados, que no roce el bigote con el labio. Perfecto. Abro la llave. Sale un chorrito de agua. Giro más. Unas gotas. Sigo girando. No sale nada. Giro y giro hasta casi zafar la llave y nada. La canción sigue. Me pongo verde. Maldigo a los vecinos que no han pagado, a la gorda que vive arriba de mí, que además de mal educada y hacer ruido todo el tiempo, tira el agua y colillas de cigarros, contesta mal cuando se le dice que debe pagar lo que debe, como si fuese

la peor ofensa de su vida, permite que sus hijos rayen la pared, que dispersen la basura por la escaleras, que hagan escándalo cual caballos alocados y todavía tenemos que soplarnos las mentadas de madre desde el tercer piso a la planta baja a grito pelado que dirige a sus críos.

El problema no es que se haya acabado el agua de los tinacos, sino que sin luz no puede subir de la cisterna hacia arriba. Me acabo la cubeta que apartamos, porque se supone que iban a ir a pagar ayer y hoy ya habría luz. Por eso me di el lujo de usar la regadera. Seguiremos con las velas y las pilas. Pienso fugazmente en la forma de eliminar a la gorda, porque es la única que no ha pagado. A la tesorera la ahorcaría por no haber ido a pagar lo que se reunió.

II

Media noche. Cubeta en mano. Espero que dos jóvenes terminen de llenar su recipiente. “¿Cuándo va a haber agua?” “Cuando paguen”, digo sin la menor intención de platicar. Les importa un bledo. No llegan a los veinticinco. Ella es morena y hace ejercicio, y él toca la batería. “¿Quién debe?”. “La gorda”, respondo sin

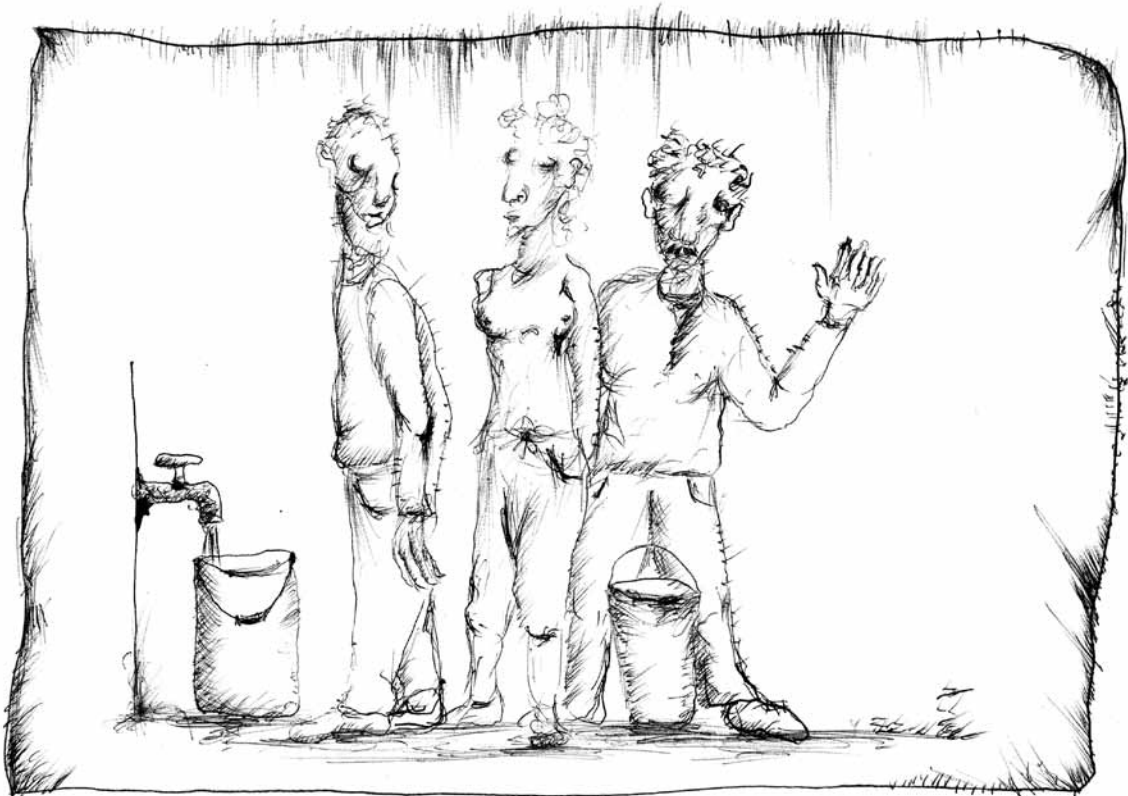
inmutarme, a pesar de que sé su nombre. Llegan otros vecinos con rostro de hartazgo. Decidimos convocar a reunión urgente al día siguiente.

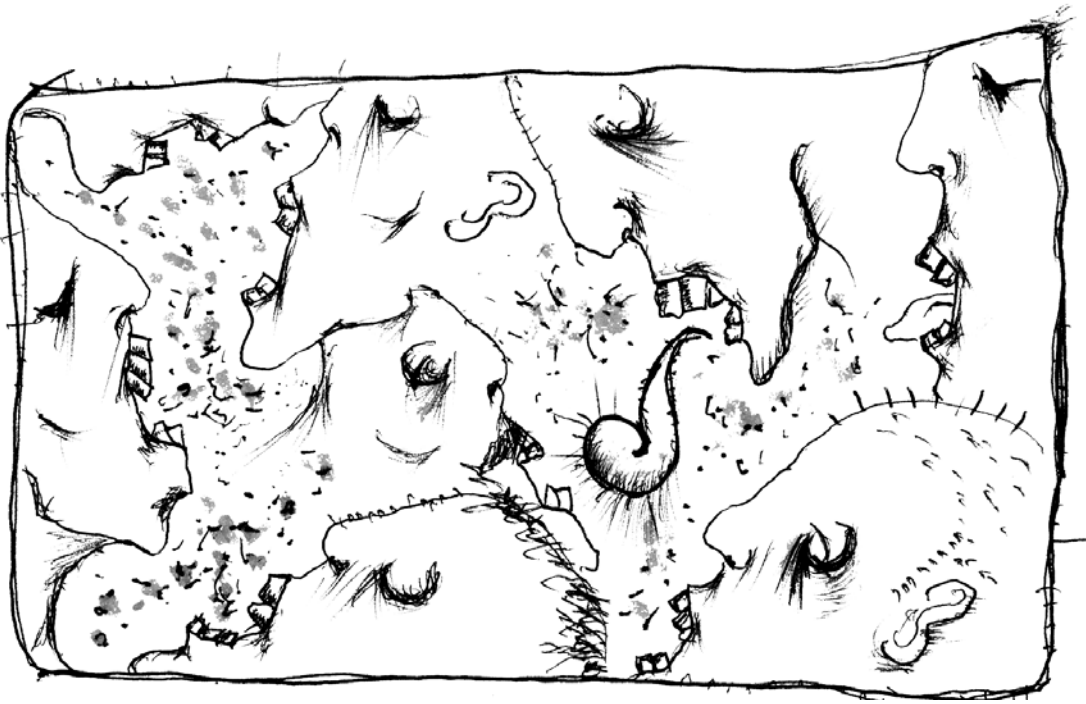
III

La unidad se conforma de tres edificios que suman treinta y cuatro departamentos. Sólo bajan diez condóminos. Sale a la luz quiénes deben. Se les aplaza para que paguen ese mismo fin de semana. Discutimos la necesidad de que no haya pagos extemporáneos. Se habla de los vecinos que hacen fiestas toda la noche y que el volumen de la música no la aguantan ni los ambulantes del Eje Central.

—El respeto hacia los demás ni siquiera tendría que estar escrito en una ley de condóminos, es sentido común —dice bien el vecino que arregla computadoras.

Como una mole, anunciada por dos niños mugrosos de menos de diez años, aparece la gorda entre las escaleras. Pants. Cigarro en mano. Cabello suelto y oxigenado, debajo de los hombros. Camina cual luchador. Le digo que qué bueno que baja, porque estaba hablando de ella. “Sí, me di cuenta”, dice con intención





de hacer su voz femenina, pero que contrasta con su aspecto pueril y forma ñera de hablar.

Dos vecinas le dicen a bocajarro que ya no tire agua, porque moja y ensucia las puertas de los departamentos de abajo, que no cuelgue su ropa ni mucho menos sus sábanas llenas de chinches y pulgas. Y que pague, por supuesto.

—¿Qué te pasa? —tutea a doña Maru, con setenta años a cuestras—. Por si no lo sabías, en mi casa limpio hasta con cloro, ¿eh?, pregúntale a mis hijos, puedes entrar cuando quieras, ¿eh? —imaginar el tono cantadito en las últimas sílabas mientras saca el humo por su analfabeta boca—. Y no tiro agua, pongo ahí mi ropa porque la acabo de enjuagar y no tengo lavadora, ¿eh?, cómprame una, ¿no?

—¿Y porque no tiene lavadora friega a los vecinos? ¿Una qué culpa tiene? —ella le habla en tercera persona.

—Además, vivimos en depas, así que se amuelan. Ya me informé y me dijo una licenciada que puedo hacer ruido hasta antes de las doce de la noche, ¿eh? —da una fumada larga y exhala el humo con pose de me ves y sufres.

Monta en cólera la vecina joven de buen ver y le escupe que es una arrabalera, que ella no tiene nada que hacer aquí, que mejor se largue de donde viene, aquí los vecinos no somos groseros ni se meten con nadie, sólo ella, que ni siquiera lleva a sus hijos a la escuela, y

cuando los ha llevado, los corren por peleoneros; que ella es conocida por no pagar hasta en la tienda de a la vuelta, que ha visto a sus hijos tirar la basura de su casa debajo de los autos.

La mole todo lo niega, incluso que tire agua, cuando todos lo vemos. La de buen ver de plano la amenaza con una demanda que ya tiene en su contra. Saca una hoja con un texto en donde señala todas las anomalías de la gorda, dirigido al INVI (Instituto de Vivienda), al gobierno del Distrito Federal, a la Procuraduría Social, a la policía y hasta a Santa Clos. Enfrente de sus narices firmamos. La gorda dice que tiene conocidos en el PRD y que trabaja con la licenciada Barrales, así que no le pueden hacer nada.

—¿Y la Barrales te da permiso de hacer todo esto? —cuestiona el chavo que toca la batería—, pues qué mal pedal.

—¿Para eso quieren el poder, para tapar a vecinos como tú? —achica el ángulo un vecino gay que hace fiestas escandalosas.

—¿Tú qué pitos tocas si haces tus desmadres y no dejas dormir? —espeta el que arregla computadoras.

—Y tú dejas tus porquerías de pantallas en el pasillo.

—Pero te deajo dormir, imbécil.

—¿A quién le dices imbécil, pinche chaparro de mierda?

—El de la batería también friega mucho.

—Pero la gorda es la que más afecta a todos.

—¿Y cuando te peleas con tu esposo qué? Se escucha en todo el edificio.

—¡Chaparra tu pu...!

—¡Moción de orden —grito.

—¡Bájenle dos rayitas a su desm...!

Siento un empujón que me hace caer de espaldas. Logro poner las manos. El de las compus me va a ayudar, pero le recetan un cachetadón cuya mano sale del gay; la gorda casi me aplasta para golpear a la vecina de buen ver. En un intento de grito, les balbuceo que debemos calmar la situación. Llega el esposo de la del buen ver y va sobre la gorda, quien a su vez le grita a su “marido”, ex presidiario, que baja con un palo. El de las compus saca de su pantalón un *mouse* y lo usa de látigo contra el gay; el baterista se avienta con un vecino que ya le traía ganas y caen a las jardineras; la mole y la de buen ver se trenzan frente al departamento de mi mamá; el ex presidiario y un vecino nuevo bailan el oso a fuerza de patadas y trompadas; a mí me recetan patines por todo mi flaco cuerpo. “¡Que alguien llame a la patrulla!” Alguien grita.

IV

Canto bajo la regadera. El agua aún molesta mi labio inferior y mi rodilla raspada. Mi brazo ya puede moverse bien, sólo fue el golpe. Escucho el sonido de la gorda que hace ruido con no sé qué cosa. Me dan ganas de subir y mentarle la madre. A lo lejos, una canción que canta Yuri, que corre por cuenta del gay, suena por los pasillos: *si para enamorarme ahora volverá a mí la maldita primavera, qué importa si para enamorarme basta una hora, pasa ligera la maldita primavera, pasa ligera, me maldice sólo a mí...* Sigo escuchando a fuerza de imaginación al grupo Bla bla bla, con eso de *las amigas cuentan que te ves delgada y que a veces lloras por casi nada, te molestas si no te complacen todos tus caprichos y yo digo que no voy a mover un dedo...*

Se vuelve a ir la luz, pero ahora no es por la falta de pago, es simplemente un apagón, de esos que ya son

comunes en la ciudad. Hoy tienen que venir los del INVI para que vean a los vecinos que no son titulares, sus anomalías y a ver si arreglan algo, aunque ésta sea la quinta vez que dicen que van en los últimos dos años. El INVI y la gorda, el gay y el que tiene sus perros son iguales: la impunidad e indiferencia total. Salgo. Veo agua tirada. Le digo a la gorda que qué pasó, que habíamos quedado en que ya cero maldad. Quiere decir algo. Pongo la palma de la mano como si detuviera el viento, le sonrío y le digo que hoy no, que voy a trabajar, le deseo buen día. Pienso en los alumnos que quieren ser cuentistas y hasta me dan ganas de platicarles lo de esta pelea como material para creación; decido que no, que ellos inventen lo suyo, ya que mi realidad ha rebasado los límites de la ficción, aunque pienso que ficción y realidad se funden y confunden, pero todo indica que esta vez la realidad ha ganado la partida. 